

haber adoptado en testimonio de su poder y magestad, pues solo él debió dar un sobrelleño á sus misericordias y amor, conservando su propósito de salvar á los hombres sus hermanos, en cuyo testimonio empeña todos los paternales afectos de su sagrado Corazon, desviendo, por decirlo así, en solicitud de la felicidad eterna que nosotros conseguiremos, si fervientes y humildes, con el corazon contrito y humillado, invocamos y grabamos en nuestros corazones el sacrosanto nombre de Jesus para levantarnos del inmundo lecho de la culpa, y caminar bajo sus auspicios por la senda de la verdadera penitencia, hasta lograr la santificacion que os deseo para siempre. Amen.

AL SEÑOR CAZADOR DEL D. JUAN DE ALCANTARA PAGANA

En la

ciudad de México

SERMON

PREDICADO POR EL ILLMO. SR. ARZOBISPO DE MEXICO,

Dr. D.

Pelagio Antonio de Labastida

Y DAVALOS.

EN LA PARROQUIA DE TENANGO DEL VALLE,

el 20 de Enero de 1878,

festividad del DULCE NOMBRE DE JESUS.

BIBLIOTECA CENTRAL

AL SR. CANÓNIGO LIC. D. JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

Salud.

Amado Hijo en N. S. J. C.

Para impulsar la publicación de Sermones predicados en México, emprendida por D. Narciso Bassols de Puebla, me he comprometido á darle, sólo con esa mira, y sin otro fin, algunos de los sermones que he predicado y llamado algo, en los cortos intervalos de tiempo, que me han dejado libres las incesantes ocupaciones del pesadísimo gobierno de una Diócesis tan difícil y complicada como ésta.

El Sermon del *Dulce Nombre de Jesus*, que á instancias tuyas, prediqué en Tenango del Valle el 20 de Enero de 1878, con ocasion de la fiesta titular de aquella Parroquia, que estaba entonces á tu cargo, ni es de los más correctos, ni fué trabajado con la debida anticipación, ni con el ánimo tranquilo por el pendiente que entonces me preocupaba, y bien recordará, ni por el estado de mi salud quebrantada por el horrible mal de la góta, que me atacó en medio de la estación del invierno, siempre cruel, y más en aquél lugar tan frío, y con el agregado del abatimiento espiritual y del cansancio del cuerpo, causado el primero, por la muerte inesperada de un Eclesiástico familiar mio y amigo tuyo desde la infancia, y el segundo por los penosísimos trabajos de la visita pastoral, que acababa de hacer á las foranías de Almoloya y Tejupilco, en que tuve el gusto de que me acompañaras, aunque con sacrificios de tu parte que jamás olvidaré.

Habiendo comenzado dicho Sermonario á imprimirse en Puebla por los misterios de N. S. J. C., el órden ha exigido la pronta, ó mejor dicho, la precipitada publicación del sermón alusivo al Dulce Nombre de Jesus, que por las consideraciones insinuadas y otras que omito, he resuelto dedicarte en prueba de mi estimación como Prelado, de mi cariño como Padre en N. S. J. C. y de mi correspondencia por haberme escogido de Mecenaz en la obra que publicaste en Enero de 1887.

Si ese desaliñado sermón te sirve de un grato ó melancólico recuerdo, y excita en tu corazón tu constante amor al Dulce Nombre de Jesus, ó en el de alguna alma piadosa, se habrá llenado, en cierto modo, el objeto que se propone al anunciar la Divina palabra, tu Pastor y Padre que te bendice.

Tacuba, Julio 25 de 1889.

Pelagio A. Arzobispo de México.

Vocatum est nomen ejus Jesus, quod
vocatum est ab angelo, priusquam in utero
conceperetur.

Luce, cap. II, vers. 21.

Fue llamado con el nombre de Jesus, co-
mo le llamó el ángel, antes de que fuese
concebido en el vientre virginal.

S. Lucas, cap. II, vers. 21.

¡Jesus! ¡Qué nombre tan augusto, católicos é hijos muy amados! ¡Cuán dulce es traerlo á la memoria, ex- clamaré con la Iglesia santa! ¡Cuán gratos y verdaderos son los goces que experimenta el corazón al escucharlo! Excede en suavidad al aceite; en dulzura á la miel; en dignidad y mérito á cuanto existe de mas alto y precioso en los cielos y en la tierra. Nada mas melodioso que ese nombre cuando se canta, prosigue nuestra benigna y comun Madre: nada mas alegre y festivo cuando se escucha; nada mas placentero cuando se piensa en él. Para los arrepentidos no hay otra esperanza; para los que piden no hay otro consuelo; para los que le buscan es misericordia y bondad; y para los que le hallan, y son los que verdaderamente le aman, ni la palabra, ni la escritura pueden expresar lo que es Jesus.

Sed pues ¡oh Jesus! nuestro gozo el dia de hoy; nuestro premio en lo futuro, y nuestra gloria, ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos.

Hijos míos, muy amados: ¡pensais seriamente en esto, en los innumerables bienes que nos ha proporcionado el

santo nombre de Jesus, que quiere decir Salvador? Ojalá que fuera siempre el objeto de nuestras profundas meditaciones! Entonces lo seria tambien de los tiernos sentimientos de nuestro amor y gratitud. Pero ¡oh desgracia lamentable! casi nunca nos acordamos de los inmensos sacrificios que costó á nuestro divino Redentor el adquirir ese nombre; y menos de los innumerables beneficios que nos proporcionó y nos proporciona de continuo, en el tiempo y en la eternidad.

Para formarnos alguna idea de uno y otro punto, no exacta, ni perfecta, porque es imposible á nuestra humana capacidad, sino en cuanto ésta nos lo permita, vamos á implorar las luces del Espíritu Santo, poniendo de medianera á la Madre de Jesus, Virgen inmaculada, cuyos ruegos no pueden dejar de ser escuchados en nuestro favor, siempre que, reverentes y llenos de confianza, la saludemos con las palabras del Angel. Ave Maria.

Primer punto.

Lo que costó al Hijo de Dios el nombre de Jesus.

Admira, católicos, la profunda sabiduría con que la Iglesia ha escogido el pasage del Evangelio, que hoy aplica á esta festividad y presenta á nuestra consideracion. Escuchadlo, para entender mejor lo que me propongo decir. «Despues que pasaron ocho dias para que fuese circuncidado el niño, se le puso por nombre Jesus, nombre que le habia dado el Angel, antes de ser concebido en el seno de Maria.»

Ahora bien, católicos: ¿qué enlace puede haber entre la circuncision del Niño y el nombre que se le impuso? Al contrario, parecé mas bien que hay un antagonismo, una oposicion absoluta entre circuncidar al Niño y darle el nombre de Jesus, que significa *Salvador*, como lo de-

claró el Angel. Y á la verdad, católicos, si es Salvador, ¿por qué toma sobre sí la marca, la confusion, la ignominia, ó para usar de una palabra menos fuerte, el medio de borrar la mancha del pecado? En el hecho de someterse á la ley de la circuncision, establecida para los que habian de ser salvos, no es fácil conciliar con esta ceremonia legal el título que lleva de Salvador. Mas ¡oh profundo misterio! exclama S. Bernardo, ¡oh sacramento admirable! Léjos de haber contradicción entre circuncidar al Niño y nombrarle Jesus, existe una perfecta relacion, la mas completa armonía. Para merecer este nombre era preciso que sufriese crueles dolores, que derramase las primeras gotas de su sangre. Antes de esta efusion, y á pesar del estado de humildad y de pobreza que guardaba en el pesebre, aun no adquiria, por derecho propio y con título legítimo, el nombre de Jesus. Así se deduce claramente del contexto del Evangelio. Cuando S. Lucas liga el nombre de Jesus con la circuncision, considerando aquel como una consecuencia de ésta, ó por lo menos como inseparable, equivale á decir: Que grande é ilustre es el nombre de Jesus, cuando el Hijo de Dios no le tenia por su generacion eterna, sino que le adquirió por su nacimiento temporal, y todavia mas, por la efusion de su sangre. Tal es, cristianos, la razon del enlace íntimo que manifiesta el evangelista, entre la circuncision dolorosa y el dulce nombre de Jesus. Aun puedo añadir que ella no ha sido el precio completo de tan excelso título, porque realmente N. S. J. C. no ha gozado en toda su plenitud de la gloria de este nombre, sino hasta que derramó la última gota de su sangre en el Calvario; y para asegurarlo me fundo en la autoridad del apóstol S. Pablo, que dice: «se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual, es decir, por su anonadamiento, en consideracion á esa obediencia, á ese sacrificio sangriento, Dios le ha ensalzado sobre todas las cosas y le ha dado, sin reserva, un nombre que es sobre todo nombre, para que al nom-

bre de Jesus todos doblen la rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos.

¿Percibís ya, claramente, católicos, lo que costó al Verbo Encarnado el nombre de Jesus? Este es el precio de sus trabajos y sudores, es la recompensa de sus afanes y angustias, de sus humillaciones y de sus oprobios, de su pasión y de su muerte: en una palabra, de su largo y continuado martirio, que principió al encerrarse en el estrecho seno de una Virgen, y se consumió al exhalar en el Gólgota su último suspiro. Con razon los demonios se han visto obligados á reconocer y confesar la virtud de ese nombre; con razon Dios ordenó que Poncio Pilato, sin advertir lo que hacia, lo inscribiese en lo alto de la cruz, en hebreo, en griego y en latin, para que fuese conocido por todos los pueblos: con razon el mismo Redentor conserva su precioso nombre, aun despues de ese triunfo sobre el pecado, la muerte y el infierno. Si, hoy que está sentado á la diestra de su Padre, lo conserva junto con los titulos de su adquisicion, esto es, con las cicatrices de que está cubierto su cuerpo, aun glorioso; mostrándolas, á semejanza de un conquistador, á todos los suyos, como pruebas irrefragables de su valor y trofeos de su espléndida victoria; con razon encarga á sus ministros que anuncien ese nombre á los principes y reyes de la tierra: con razon el Apóstol de las gentes no les predicaba otra cosa que el nombre de Jesus, y Jesus crucificado; con razon, en fin, la Iglesia, asistida, iluminada por el Espíritu Santo, ha establecido una festividad dedicada exclusivamente á recordar, venerar y glorificar tan sublime, tan augusto nombre.

Y ¿por qué, decidme, amados hijos, el Hombre-Dios y la Iglesia, su esposa inmaculada, se empeñan con tanto celo en exaltar ese nombre? Basta, para justificar tal conducta, estimar el valor del nombre de Jesus, que como acabais de oír, no es otro que el precio de su sangre, cuya efusion comenzó en el Templo, continuó en el huerto de Getzeman y se agotó del todo en el Monte Calvario. Sí, cristianos, ese nombre encierra la historia mas

completa de los combates, de las victorias y de las conquistas del Hombre-Dios. Diré más, en toda su extension, abraza la historia de la Iglesia, de los diez y nueve siglos que están para concluir, y de los que se contarán hasta la consumacion de los tiempos, hasta el fin del mundo: porque la propagacion de ese nombre se debió á los rios de sangre que derramaron á su turno los innumerables mártires que lo confesaron, delante de los tiranos y de sus verdugos, por el largo período de trescientos años; y porque la defensa de ese nombre contra los herejes en los siglos posteriores al tercero, se debió á las vigilias de los confesores y de los Padres de la Iglesia, cuya firmeza, cuya sabiduría salvó ese nombre de los errores propagados contra la humanidad y la divinidad, unidas hipostáticamente en Jesucristo; y porque, en fin, los triunfos de la fiel depositaria de la verdad sobre los cismáticos y filósofos incrédulos, se han debido y se deberán siempre á la constancia de sus Pontífices y de sus Doctores, en sostener la lucha interminable, sin economizar toda clase de sacrificios, y sin excluir ni aun el de la misma vida. Y ¿por qué mas? Dios y su Iglesia son muy sensibles, muy celosos del título de Salvador, del nombre de Jesus; porque es el gaje, la prenda mas segura de la salud espiritual de las almas redimidas por El y á las que ama hasta el extremo de verter torrentes de lágrimas y dar su propia vida por ellas, declarando que su mas grata ocupacion, su mayor gloria consiste en trabajar de continuo por librarlas del poder del demonio y de la esclavitud del pecado; prefiriendo el nombre de Jesus á todos los demás, por ilustres y gloriosos que sean.

Y vosotros, católicos, que habeis acudido con aprestamiento á oír las alabanzas del dulcísimo nombre de Jesus, desprendidas de los labios de vuestro Pastor, indigno sí, pero que en representacion de Dios ha venido á unirse, lleno de la mas grata complacencia, á vosotros, con el fin de tributar al Salvador de los hombres, al divino Jesus, los cultos que le son debidos; permitidme que, ya que la Providencia nos ha concedido disfrutar de

esa comun dicha, permitidme, repitó, ó mas bien, dejadme desahogar mi celo por vosotros, con la franqueza y confianza de Padre, recordando en este dia solemne, los temores que me inquietan con frecuencia sobre vuestra piedad y devoción.

De nada servirían los homenajes que tributais al santo y bendito nombre de Jesus, si son puramente exteriores; si no parten de un corazon limpio y puro, ó al menos de un corazon humillado; quiero decir, de un corazon nuevo por la inocencia, ó renovado por la penitencia. Lejos de agrandar á su Divina Magestad con puras y meras exterioridades, la irritaréis, si van mezcladas con el pecado; y lejos de ser vuestro Salvador, como lo exige su nombre venerando, será al contrario el terrible vengador de las ofensas cometidas contra su ley y del menosprecio de su sangre: en pocas palabras, por vuestra causa la redencion será estéril para vosotros, y la pérdida de vuestra alma inevitable, si á los actos externos de piedad no juntais los afectos interiores de un corazon arrepenido, por la detestacion de vuestro pecado. Sí, de aquel pecado que os acompaña desde la juventud, y acaso desde la niñez: de aquel pecado habitual que come y bebe, anda y duerme con vosotros; en suma, de aquel pecado que vive y se ha identificado con vosotros. ¿Cuál es ese pecado? En unos la embriaguez, que embota los sentidos, ofusca las facultades intelectuales y acaba por embrutecer al hombre; en otros, el juego, que arruina con la fortuna la reputacion del padre de familia y condena á ésta á la miseria y á los peligros de la mendicidad; en aquellos, la codicia, que solo piensa en atesorar aun con ganancias usurarias é ilícitas; y en éstos, la impureza y la gula, que enferman el cuerpo y ennegrecen el alma, haciéndose semejantes á los animales irracionales.

¡Oh, hijos míos! ¿Qué hacer? Oídlo, no de mis labios sino de los muy autorizados del melifluo S. Bernardo. «Cuando veo, dice este Santo Padre, con los ojos de la fe, á un Hombre-Dios que comienza por verter su sangre en la circuncision, la hace brotar por los poros de su

cuerpo en su oracion, y que no tardará en derramarla toda sobre el Calvario; ¿podré rehusar el reprimir los movimientos desordenados del corazon, de mi depravada voluntad, y el sacrificar todas mis facultades físicas, intelectuales y morales en el ara de la Cruz? Cuando reflexiono que el titulo de Salvador ha sido la recompensa de todo lo que padeció por mí el Hijo de Dios, y que lo pierdo, respecto de mí, cuantas veces inutilizo para mi alma la redencion, con mis pecados, ¿dejaré de indignarme contra mí mismo, por mi ingratitud y dureza, al nulificar en cuanto de mí depende, los méritos infinitos de un Dios humanado por mi bien?»

¡Ay de mí y ¡ay de vosotros! ¿Cuántos merecemos la reprehension que S. Esteban dirigió á los judíos? «Hombres de dura cerviz, exclamaba el Protomártir, hombres de oídos y corazones incircuncisos, de continuo estais resistiendo al Espíritu Santo.» Que equivale á decirlo, hombres de poca fe; insensibles á los mayores beneficios, los desconoceis, los despreciais. Tal vez alguno de vosotros habrá cercenado, poco ó mucho, de las cosas exteriores; pero no basta, mis amados oyentes, es preciso arrancar las inclinaciones desordenadas, y sobre todo, la soberbia, que es la raíz de todos los vicios y de las malas pasiones. No desprecieis la sangre de la nueva alianza, ni corraís elegantemente á vuestra perdicion eterna. ¡Oh Dios de misericordia! Por Jesus, preservadnos de tanta desventura; dadnos un corazon mas dócil á vuestra gracia, y una voluntad mas dispuesta á seguir los fuertes impulsos de vuestro Santo Espíritu. No seremos, Señor, en lo de adelante tan pródigos del precio de vuestras almas, de vuestra sangre infinitamente valiosa: al contrario, coadyvaremos con nuestro Salvador en recoger y aumentar en nosotros los frutos de su copiosa redencion.

Punto segundo.

Sobre los innumerables beneficios que nos proporciona de continuo el nombre de Jesus.

Para exponer los maravillosos efectos que produce en nosotros el dulce nombre de Jesus, ó lo que es lo mismo, los beneficios que de él se derivan, me basta compendiar lo que nos dejó escrito el piadoso S. Bernardo, con palabras de unción inimitable. Interpretando este gran santo aquel pasage del cantar de las cantares: "*Oleum effusum nomen tuum,*" (Vuestro nombre se difunde como el aceite) nos asegura que la comparacion del nombre de Jesus con el aceite es tan exacta como natural, supuesto que las principales virtudes de tan excelso nombre tienen cierta semejanza con las propiedades ingénitas del aceite.

Y, á la verdad, cristianos, cuando éste se aplica á los cuerpos les dá la virtud de alumbrar ó iluminar, los fortifica y los suaviza. Otro tanto hace en nosotros el augusto nombre de Jesus, ilumina nuestro entendimiento, disipando las tinieblas de la ignorancia y del error, cuando se predica; fortalece nuestros corazones, alimentando los buenos deseos y los afectos saludables de nuestro amor, cuando en él se piensa; suaviza, en fin, nuestras costumbres, arrancando de nuestra alma las asperezas de los vicios y de las malas pasiones, siempre que se le invoca con todas las veras de un corazon recto. "*Lucet praedicatum, pascit recogitatum, invocatum lenit et ungit.*" Palabras del inspirado S. Bernardo muy concisas; pero que todo lo comprenden.

En primer lugar, alumbra é ilustra cuantas veces se predica tan fecundo nombre. Ciertamente, cristianos, bien recordaréis que antes de Jesus, el género humano estaba sentado, como dice el Profeta, en las tinieblas y sombras de la muerte. La idolatría, extendida por toda

la tierra, habia ofuscado todas las inteligencias, y los mismos sábios del paganismo, lejos de disipar las negras nubes que cubrian al mundo; todo lo contrario, las hacian mas densas con sus opiniones, sofismas y disputas interminables.

Mas, apenas apareció en la Judea el Hijo de Dios, el verdadero Mesías, con el nombre de Jesus, cuando repentinamente fué desapareciendo aquella atmósfera tenebrosa en que estaban envueltos todos los pueblos: cada hombre, desde entonces, fué instruido á fondo en los deberes de su estado, clase y condicion, que ignoraba por completo: los maridos aprendieron á dar á sus mujeres el lugar que merecian, tratándolas, no como siervas, sino como sus compañeras: los padres se enseñaron á amar á sus hijos, sin sacrificarlos á su ambicion, á su avaricia, ni á su orgullo: los hijos á respetar á los padres, como á los autores de sus dias y los representantes de Dios. Los amos supieron considerar á sus criados, sin contarlos con desprecio en el número de las cosas, es decir, en una escala inferior á la de los mismos animales; sino que los vieron desde luego, como á sus semejantes, hijos de un mismo Padre, que es Dios, y de una misma Madre, que es la Iglesia; sin tener sobre ellos otros derechos que los concedidos por la Religión, que nunca degrada al hombre, ni lo hace degenerar de su naturaleza, sino que lo honra y lo eleva hasta donde lo permite su condicion, y el lugar en que lo ha colocado la Providencia, que es, lo sabeis muy bien, el de hijos de segundo orden en el seno de la familia. Por último, los criados fueron instruidos en sus obligaciones para con los amos, á quienes deben completa obediencia en cuanto les manden, siempre que no sea contrario á las leyes de Dios y de su Iglesia, y consiguientemente, al orden social.

En suma, los individuos como miembros de la familia y de la sociedad reconocieron el código con que Dios las rige; y los gobernantes y los pueblos ó naciones se sometieron con docilidad á los inmutables principios del derecho público y de gentes, que desarmó á los beligerantes

de la fuerza brutal, del filo de la espada, que originó espantosas y horribles matanzas, aun entre los pueblos mas civilizados, en las épocas que precedieron á la era cristiana. ¿Y de dónde ha venido, mis caros oyentes, tanta luz, tan esplendente claridad y tan subitanea trasformacion? Del santo nombre de Jesus, no me cansaré de repetirlo: no lo dudeis. Luego que se predicó ese nombre, luego que se propagó por todas partes; que resonó en las sinagogas, en el Areópago de Atenas, en las escuelas de Cartago, en los circos de Roma, en las extremidades de la tierra, todo lo atrajo á sí, todo lo dominó, y ante ese nombre superior á todo nombre, se dobló toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos.

Llamados á nuestro turno los Mexicanos á la luz admirable del Evangelio, lo fuimos por el conocimiento de ese nombre adorable, que el Apóstol tuvo, en sentir de S. Bernardo, la mision de anunciar á los hijos de Israel, á los reyes, á las naciones gentiles; y ese nombre, despues de quince siglos, resonó en estas apartadas regiones del Nuevo Mundo, pronunciado por los primeros misioneros desembarcados en nuestras playas, para iluminarnos con la luz verdadera que es el Verbo hecho carne, que habitó entre los hombres, y á quien llamamos nuestro Salvador-Jesus. Nombre que jamás ha dejado de escucharse, por mas de tres siglos, en nuestras ciudades y aldeas, en los valles y en las montañas, en los poblados y en los desiertos, repetido una y mil veces por los felices moradores de este suelo, que se llamaron entonces, y se llaman todavia, en su generalidad, católicos, apostólicos, romanos, sin distincion de razas, de lenguas, de climas, usos y costumbres. Nombre que pronuncio hoy con toda la veneracion que me inspira el carácter sagrado del ministerio que ejerzo, y con todo el entusiasmo de mi alma, y que desearia resonase de continuo bajo las bóvedas de este santo templo, como el signo indeleble de la fe que animó á los que lo levantaron, de la fe que nos legaron nuestros mayores, y que gracias á Dios profesamos cuantos nos hemos reunido en este recinto, y de la

fe que esperamos se conservará en todos los habitantes de estas regiones. «Dulce, dulcísimo nombre de mi Jesus, seguiré exclamando con el devoto S. Bernardo, porque en mis labios es deliciosa miel, en mis oídos encantadora melodía, y en mi corazón inexplicable júbilo.» Así es como esparce su luz ese nombre sublime; pero he dicho tambien que dá fortaleza á los que piensan en él.

«Sí, cristianos, en la tristeza es nuestra alegría; pensad en ese nombre con detenimiento, y el gozo inundará vuestro pecho: en la afliccion es nuestro consuelo, porque endulza nuestras penas: en la lucha con las pasiones es nuestro sostén, porque luego que se graba su idea en nuestro espíritu agitado aparece la serenidad, la calma interior: ¿Temeis, por vuestros enormes delitos y horribles iniquidades, la ira de Dios y el castigo eterno? Reflexionad que Jesus ha muerto por salvaros, por redimirnos del infierno, y el temor y la desesperacion huirán precipitadamente, recobrando vuestra alma el aliento, al verse bañada con la sangre del Cordero inmaculado, que se sacrificó por los pecados de todo el mundo. En resumen, la consideracion del nombre poderoso de Jesus disipa nuestras dudas, reanima nuestra flaqueza, calma nuestras vacilaciones é inquietudes, triunfa de nuestra cobardía, y, vuelvo á decirlo, fortifica de mil modos nuestro corazón, alimentando los buenos deseos y encendiendo los afectos saludables de nuestro amor cuantas veces se medita en tan hermoso y fecundo nombre.

¿Qué mas? He dicho que suaviza nuestras costumbres, arrancando de nuestra alma las asperezas de los vicios y de las malas pasiones, cuando se acude á él con toda confianza. Sin vacilar, decidme, católicos, ¿quién ha invocado ese nombre en sus tribulaciones, que no haya sido escuchado? ¿Qué corazón duro é inflexible, qué alma tibia é inconstante, qué espíritu cobarde ó perezoso han pedido la ternura y la sensibilidad, el fervor y la constancia, el valor y la actividad, que no haya recibido dones tan preciosos? La invocacion del nombre de Jesus

empieza por moderar nuestras iras, cura la hinchazon de nuestro orgullo, reprime los impulsos de la venganza, extingue el fuego impuro de la concupiscencia, apaga la sed de la avaricia, y termina ese nombre inefable por secar el manantial de los desórdenes, haciendo brotar arroyos de lágrimas que riegan el jardín de todas las virtudes.

Con razon afirma el gran Padre S. Bernardo, que el alimento del alma que no está sazonado con el nombre de Jesus es insípido; que las obras literarias en que no está escrito ese nombre son áridas y de mal gusto; que las enseñanzas, las disputas, las conferencias y hasta las pláticas de los ministros sagrados, en que no se habla de tal nombre, son bronces que no suenan y campanas que no tañen. ¿Y por qué todo esto? Ah, cristianos! El mismo santo nos lo revela... Jesus significa un Hombre-Dios, manso y humilde de corazon, sóbrio, casto, misericordioso, excelente en virtud y santidad; que dirige á todos con su ejemplo, que nos ayuda en los trabajos y nos sostiene con sus auxilios en las adversidades de la vida; que está con nosotros en las persecuciones de nuestros enemigos, y el que nos hace triunfar sobre nosotros mismos, en aquella lucha interior y sin tregua que experimentamos de continuo y de que se quejaba el apóstol S. Pablo, cuando el Sr. le decia: "Saulo, Saulo, mi gracia te basta: *Sufficit tibi gratia mea.*" Sí, la gracia que Jesus adquirió para todos con la fuerza de este nombre.

Y vos ¡oh Padre eterno! llenad la memoria de todos los que han venido el día de hoy á este sagrado templo, para celebrar, con su Pastor, el glorioso nombre de vuestro Hijo; colmados de sublimes pensamientos, que los obliguen incesantemente á recordar con gratitud cuanto padeció vuestro Verbo Encarnado por todos los pecadores. Y vos ¡oh Hijo divino! lavad, purificad el corazon de vuestro indigno panegirista y el de todos sus oyentes, con los raudales de vuestra sangre preciosa; é imprimid en nuestras almas, grabad con caracteres indelebles vuestro santo y terrible nombre, como una prueba del amor que nos teneis. Haced, en fin, que solo vivamos para

vos, agradeciendo durante nuestra existencia los sacrificios que os costó el nombre de Jesus y los beneficios que nos ha proporcionado: solo así serán saludables los frutos que esperamos recoger en los días que nos quedan sobre la tierra, y despues de nuestra peregrinacion, gozar el premio eterno que á todos deseeo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

SERMON
PRONUNCIADO EN LA IGLESIA DEL GOBIERNO DE LAS VIRTUDES
DE MEXICO, EN LA
FESTIVIDAD DEL NIZO PERDIDO
El Hon. Sr. Juan María José de Sollano
Ordinario de la Diócesis de Puebla
El día 21 de Agosto de 1841

El espíritu de la ley que Dios nos revela, se inicia por el orgullo y se termina por el amor. El amor es la esencia de la ley, y el orgullo es la esencia del pecado. El amor es la fuerza que vence al pecado, y el orgullo es la fuerza que nos esclaviza. El amor es la vida, y el orgullo es la muerte. El amor es la libertad, y el orgullo es la esclavitud. El amor es la paz, y el orgullo es la guerra. El amor es la armonía, y el orgullo es la discordancia. El amor es la unidad, y el orgullo es la división. El amor es la fraternidad, y el orgullo es el egoísmo. El amor es la caridad, y el orgullo es el odio. El amor es la misericordia, y el orgullo es la crueldad. El amor es la bondad, y el orgullo es la maldad. El amor es la pureza, y el orgullo es la impureza. El amor es la castidad, y el orgullo es la incontinencia. El amor es la modestia, y el orgullo es la vanidad. El amor es la humildad, y el orgullo es la soberbia. El amor es la paciencia, y el orgullo es la impaciencia. El amor es la mansedumbre, y el orgullo es la ira. El amor es la benignidad, y el orgullo es la dureza. El amor es la suavidad, y el orgullo es la aspereza. El amor es la dulzura, y el orgullo es la acidez. El amor es la frescura, y el orgullo es la sequedad. El amor es la claridad, y el orgullo es la oscuridad. El amor es la luz, y el orgullo es la tiniebla. El amor es la vida, y el orgullo es la muerte. El amor es la gloria, y el orgullo es la deshonra. El amor es la eternidad, y el orgullo es la temporalidad. El amor es la felicidad, y el orgullo es la infelicidad. El amor es la salvación, y el orgullo es la condenación. El amor es el camino a Dios, y el orgullo es el camino al infierno. El amor es el camino a la vida eterna, y el orgullo es el camino a la eterna muerte. El amor es el camino a la gloria, y el orgullo es el camino a la ignominia. El amor es el camino a la paz, y el orgullo es el camino a la guerra. El amor es el camino a la armonía, y el orgullo es el camino a la discordancia. El amor es el camino a la unidad, y el orgullo es el camino a la división. El amor es el camino a la fraternidad, y el orgullo es el camino a la enemistad. El amor es el camino a la caridad, y el orgullo es el camino a la crueldad. El amor es el camino a la misericordia, y el orgullo es el camino a la dureza. El amor es el camino a la bondad, y el orgullo es el camino a la maldad. El amor es el camino a la pureza, y el orgullo es el camino a la impureza. El amor es el camino a la castidad, y el orgullo es el camino a la incontinencia. El amor es el camino a la modestia, y el orgullo es el camino a la vanidad. El amor es el camino a la humildad, y el orgullo es el camino a la soberbia. El amor es el camino a la paciencia, y el orgullo es el camino a la impaciencia. El amor es el camino a la mansedumbre, y el orgullo es el camino a la ira. El amor es el camino a la benignidad, y el orgullo es el camino a la dureza. El amor es el camino a la suavidad, y el orgullo es el camino a la aspereza. El amor es el camino a la dulzura, y el orgullo es el camino a la acidez. El amor es el camino a la frescura, y el orgullo es el camino a la sequedad. El amor es el camino a la claridad, y el orgullo es el camino a la oscuridad. El amor es el camino a la luz, y el orgullo es el camino a la tiniebla. El amor es el camino a la vida, y el orgullo es el camino a la muerte. El amor es el camino a la gloria, y el orgullo es el camino a la deshonra. El amor es el camino a la eternidad, y el orgullo es el camino a la temporalidad. El amor es el camino a la felicidad, y el orgullo es el camino a la infelicidad. El amor es el camino a la salvación, y el orgullo es el camino a la condenación. El amor es el camino a la vida eterna, y el orgullo es el camino a la eterna muerte. El amor es el camino a la gloria, y el orgullo es el camino a la ignominia.

SERMON

PREDICADO EN LA IGLESIA DEL CONVENTO DE JESUS MARIA
DE MEXICO, EN LA

FUNCION DEL NIÑO PERDIDO,

POR EL

Dr. Don Jose Maria Díez de Sollano,

PRIMER OBISPO QUE FUE DE LEON.

Et erat subditus illis.

Ldc. 2.

Grandioso espectáculo fué sin duda ver al legislador de los hebreos Moysés, prestar el primero cumplida obediencia á la ley que Dios les acababa de intimar; porque nada puede pensarse mas bello, mas grande y mas digno de la magestad que esta noble alianza entre el poder mas amplio y la obediencia mas sumisa á la ley, es decir, á la justicia, concurriendo unísonas á la observancia y acatamiento de las leyes y de la autoridad.

Pero si el ver que un príncipe es obediente á la ley

nos presenta un espectáculo magnífico, el ver que un Dios se somete á ella es mas admirable aun y va mas allá de todo lo grande. ¡Oh conducta maravillosa del Hijo de Dios! ¿Qué ejemplo nos podrá dar á entender mejor la sublimidad de la obediencia, que el de un Dios hecho hombre que obedece? Vedle hoy venir al templo en compañía de su Santísima Madre María y de su estimado padre José para dar al mundo un testimonio de su misión á una ley que él mismo venia encargado de sustituir con otra mas perfecta! Vedle allí desempeñar obedeciendo los altos mandatos de su Padre Dios. Vedle por último volver á Nazaret y compendiar toda su vida oculta en obedecer á María y á José: *Et erat subditus illis.*

En vista de esto creo, hermanos míos, que no hay asunto mas conveniente á la presente festividad que el mostraros con el ejemplo del Salvador, cuanta es la grandeza que se encierra en la obediencia, y como ella es la fuente de la verdadera libertad de que Jesucristo es el autor. Espero persuadiros si María, que nos da el ejemplo, se digna prestarnos el auxilio; pedídselo conmigo saludándola con las palabras del Angel. Ave María.

Parte primera.

Dos grandes é importantes misiones vino el Unigénito del Padre á desempeñar sobre la tierra. En la primera se cifra la libertad verdadera que nos vino á adquirir, por lo que dice el Apóstol: *Si vos filius desideravit, tunc vere liberi eritis.* En la segunda el modo de llegar á su consecucion, marcado por su ejemplo y su doctrina, compendiosos en la obediencia de que hoy nos da el Evangelio un tan relevante testimonio: *Et erat subditus illis.*

Pero cuando os hablo de la libertad, debéis entender que me refiero á la libertad verdadera, porque hay otra falsa que se encubre bajo este nombre que nos amenaza con sus funestas tendencias. En efecto, aunque el nombre de libertad es el mas dulce y agradable, es tambien el mas engañoso y expuesto á siniestras y fatales aplicaciones. No hay sedición, no hay trastorno público, no hay conculcacion de las leyes, que no pretenda ampararse bajo el mentido pretexto del amor á la libertad. Yo intento, pues, fijar la idea recta de este don precioso del cielo, manifestando que es inseparable de la estricta obediencia á toda ley que emane de la eterna.

Escuchad un pensamiento digno de Tertuliano: «Era necesario, dice, que Dios le diera al hombre una ley. Y para qué? Acaso para privarle de la libertad? De ninguna manera; muy al contrario. Impúsole una ley porque así lo exigía la nobleza de su condicion; dióselo para ensalzarlo sobre todos los seres brutos; dióselo en señal de estima, de distincion y de grandeza. *Lex adjuta homini, ne non tan liber quam abjectas videretur.* Si, lejos de nosotros el creer que la libertad, esa prenda inestimable del cielo, ese sello divino que nos asemeja al Criador, sea aquella libertad brutal é indómita, incapaz de razon y de disciplina, libertad que segun la expresion del mismo Tertuliano, no fué otorgada al hombre por no degradarlo igualándolo con las bestias á quienes por desprecio se les dió: *non equandus coeteris animantibus, soluis á Deo et ex fastidio liberis.*»

Ahora entenderemos bien el sublime concepto del real profeta, cuando dijo: *constitue Domine legislatore super eos, ut sciam gentes quoniam homines sunt.* ¡Oh Señor! Envía á tu pueblo un legislador; envíale primero un Moisés que le conduzca en su infancia y le nutra en la obediencia con la leche de tu ley; envíale despues un Jesucristo que en la edad madura le dirija y perfeccione con su ejemplo y su doctrina, y así será manifesto á todas las gentes que los tratas como á hombres, esto es, segun la dignidad de hombre y la exigencia de su natu-

raleza. En efecto, los que sacuden el yugo de la obediencia, haciendo consistir la libertad en la ausencia de toda sujecion que pudiera coartar sus deseos, por inmoderados que sean, desconocen, dice el salmista, el honor á que su naturaleza racional los elevó y se degradan hasta equipararse á los jumentos destituidos de razon: *homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus.* Esta es, ¡oh pecadores! la condicion vilísima á que os conduce esta fantástica libertad que buscáis desatinados, negando la obediencia á vuestro Dios. Libertad que justamente compara uno de los amigos de Job á la de un fogoso é indómito animal: *et tamquam pullum onagri se liberum natum putat.*

No, no es así ¡oh católicos! como nosotros nos juzgamos libres. Bien entendido tenemos con el Dr. Angélico, que la fuente purísima de la verdadera libertad es ser inteligente, y nunca nos creemos mas libres que cuando seguimos su dictámen, obedeciendo segun lo exige nuestra naturaleza. El poner diques á un rio, es impedir que sus aguas se extravien por los campos inundándolos; no es en manera ninguna estorbar su curso; es hacer que corra directa y suavemente á su fin; no es violentarlo ni estrecharlo. Someter, pues al hombre á la obediencia, es afianzar, no destruir su libertad; es impedir que se extravie, es encaminarle á su término; es conducirlo á buen término; no es forzarle, es dirigirle. Le destruyen y le pierden los que le extravian de su curso natural, de su tendencia al bien supremo. Ved aquí como nos enseña á ser libres Jesucristo. Viene al templo á cumplir la ley ceremonial de Moisés. El Hijo obedece la ley dada por un siervo. ¡Qué excusa alegaremos nosotros los siervos para no sujetarnos á la ley impuesta por el Hijo? Viene la sabiduría encarnada á escuchar á los doctores de la ley. ¡Qué alegraréis vosotros que os abrogais el título de espíritus fuertes, para desatender la voz de esa misma Sabiduría y menospreciar sus preceptos? Seguidle á Nazareth, vosotros los que os forjais una quimera de libertad en un ficticio señorío, y allí aprended del Señor úni-

eo que si quereis ser libres, ha de ser por la obediencia: *et erat subditus illis.*

Pero me dirais que todo esto prueba solo que es compatible la libertad con la obediencia, y que es necesaria para ella, mas no que la obediencia nos dé la libertad. Ved aquí el asunto de mi segunda parte.

Punto segundo.

Hay, dice el apóstol, dos clases de leyes que experimentamos en nosotros mismos: la del espíritu y la de los miembros. Estas leyes son contrarias entre si; la una se opone abiertamente á la otra. La primera nos dirige, la segunda nos tiraniza. La primera da al espíritu su debido señorío, la segunda lo cautiva á la ley del pecado: *video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis mee, et captivitatem me legi peccati.*

A estas dos leyes que menciona el apóstol, podemos añadir otra: el yugo que nos impone el mundo, las cadenas que nos hace arrastrar tristemente como cautivos suyos. Si, el mundo es una prision, pero una prision tal, dice Tertuliano en su exhortacion á los mártires, que excede con mucho en horror á cuantas cárceles hay en él. Son dignas de la mayor atencion sus palabras: «No hay, dice, calabozo tan lóbrego como el mundo, donde una variada muchedumbre de errores extingue la verdadera luz y disea los corazones de los hombres: *maiores tenebras habet mundus, que hominum precordia excecant.* El número de criminales que contiene es casi igual al de sus habitantes; ni hay prision alguna que se le equipare en la rudeza de sus hierros y cadenas, porque los suyos aprisionan aun á las almas mismas de los hombres: *graviorés catenas induit mundus, que ipsas animas hominum constringunt.* La atmósfera que en él se respira es hedion-

da y fétida pues la infestan pecados y torpezas sin número: *peiores immunditias expirat mundus libidines hominum.*

Estas son, señores, las tres leyes bajo las cuales tiene que vivir el hombre; estas tres le son presentadas para que elija bajo cual de ellas ha de militar, sin que le sea dado sustraerse á todas á la vez; por manera que, ó ha de vivir con la libertad y dignidad de hombre dirigido por la primera, ó ha de gemir esclavo, subyugado y aprisionado bajo las otras. Esta es, ¡oh hombre! la opción única que tienes: ó doblar humilde la cerviz obedeciendo para ser libre, ó con tu rebeldía forzar las cadenas de tu cautiverio. Escucha, medita y aprende esta leccion que hoy te da tu libertador: *et erat subditus illis.*

A contrariar abiertamente y sujetar con fuerza y cautela á un formidable y astuto enemigo que intenta reducirnos á su servidumbre, se ha reputado siempre como el medio mas certero de adquirir la libertad. Y ¡qué enemigo hubo jamás tan temible como nuestro enemigo doméstico, ni qué servidumbre mas dura que la suya? ¡Quién de cuantos han luchado con él querrá sufrir su yugo de hierro? ¡Quién, cansado de esta lucha, no exclamará con el apóstol: *quis me liberabit de corpore mortis hujus?* Esta es aquella durísima ley de los miembros, que S. Pablo sentía en sí mismo pugnar contra la del espíritu; esta la que le compelia, no ya hácia el bien que deseaba, sino hácia el mal que aborrecia: *non quod volo bonum, hoc facio sed quod nolo malum illud ago.* Esta es finalmente la ley que le obligó tres veces á clamar á Jesucristo para que le fuera quitada. Este yugo insoportable lo quebranta la obediencia, arma misteriosa que tiene virtud oculta para sojuzgar las pasiones, domar su fiereza y poner al alma á cubierto de sus venenosos encantos. ¡Oh! cuán apetecible es este cambio dichoso de la obediencia por sacudir la ley tiránica del pecado! Esta es, señores, la libertad sencilla y apacible, cuya fuente

... pura mana de la obediencia que hoy nos muestra el Salvador: *et erat subditus illis.*

Presentemos ahora un testigo fidedigno de esta verdad, testigo que habiendo pasado por ambos estados y gozado de ambas libertades, la quimérica del mundo y la real y efectiva de los hijos de Dios, sea irrecusable aun para los mismos mundanos. Este testigo es S. Agustin. Agustin ha sido pecador, y ha gozado de esa libertad de que los mundanos se glorian. Ha saboreado los placeres; ha dado gusto á sus deseos; ha soltado la rienda á sus sentidos. Esta es la libertad que apetenecen los pecadores. Agustin la amó y la gustó por algun tiempo. ¿Qué es, pues, lo que nos dice de ella? Oíd, señores, como explica su situacion. «Yo, dice el santo, me creía libre, y desgraciado de mí no conocia que yo mismo me forzaba mis cadenas y que por mi propia voluntad era conducido á donde no queria llegar: *quoniam volens qui nollen perveneram.* Yo estaba adormecido en el amor de los placeres del mundo, llevado por mis pasiones, encantado por los males que me llagaban; mi herida penetraba hasta el corazon, pero yo no lo conocia. Tú, ¡oh Dios mio! apoyaste tu mano sobre mi llaga para hacérmela sentir, y así clamase por tí, mi Médico y mi medicina: *sensum vulneris tu pungebas.* Yo te doy las gracias, ¡oh Señor! porque turbastes la falsa paz de mi corazon no dejándome dulzura en lo que no eras tú: *non sinebas mihi dulcere quod non eras tu.* Yo te las doy porque sacastes á mi albedrio de este profundo y secreto cautiverio, haciendo brillar en mi mente la aurora de una libertad risueña hasta entonces desconocida para mí; libertad sencilla, cifrada en doblar gustoso la cerviz al suave yugo de Jesucristo: *de quo imo, altoque secreto evocatum est in momento liberum arbitrium meum, quo subderem servitium levi yugo tuo.*

• Ponga ahora quien quiera en duda esa libertad increíble para el mundo, porque verdaderamente ese es el delicioso fruto de la obediencia.

¡Oh dia venturoso el en que Jesucristo nos da tan im-

portante leccion! Venid, Señor, venid al templo á enseñar al mundo á obedecer; venid, Señor, venid á mostrarle tu sumision al Padre celestial desempeñando sus mandatos. Venid, Señor, venid en seguida á Nazaret, y desde su retiro y soledad iluminad las tinieblas de los que por la rebelion se han hecho esclavos, para devolverlos á la libertad por obediencia. La desobediencia del primer Adan cautivó á todo nuestro linaje; la obediencia del segundo Adan lo rescató y libertó.

Esta es, señores, la importantísima leccion que nos dá la Sabiduría eterna, encarnada en este dia en que por la vez primera abrió sus labios en el templo para asombrar con sus respuestas y admirar con sus preguntas á los doctores de la ley. Esta es la ciencia del Crucificado que debéis enseñar con las palabras y el ejemplo, vosotros que sois los maestros de Israel.

Mil veces dichosas vosotras, esposas del Cordero, que siguiendo el ejemplo de vuestro esposo os habeis abrasado con la obediencia para alcanzar por ella la libertad verdadera que él nos adquirió: *libertas qua a nos Christus donavit.* ¡Con cuánta razon preferisteis vosotras el morir al mundo por la obediencia para esconder vuestra vida con Jesucristo en Dios! *mortui estis, sed vita vestra abscondite est cum Christo in Deo.* Ríase cuanto quiera el mundo y repunte por locura nuestra doctrina; nosotros siempre nos gloriaremos de profesar abiertamente que la santa, verdadera, perfecta y única libertad, es la de seguir á nuestro Libertador humilde y obediente desde la cuna hasta la muerte, para ser exaltados con él á la herencia inmarcesible de la gloria por los siglos de los siglos. Amen.